

Plain and Parochial Sermons VI, 16, pp. 221ss

Predicado en St Mary, Oxford, el 24 de mayo de 1838, para el día de la Ascensión.

## LA BATALLA, CONDICIÓN PARA LA VICTORIA

*Ellos lo adoraron y se volvieron a Jerusalén con gran gozo. Y estaban constantemente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios (Lc 24, 52-53)*

Durante cuarenta días después de la resurrección Cristo nuestro Salvador permaneció aquí abajo, a distancia de la gloria que había adquirido. La gloria era Suya y podía entrar en ella. ¿No había tenido suficiente de la tierra? ¿Qué es lo que le detenía aquí en vez de regresar al Padre y tomar posesión de Su trono? Se retrasó en orden a consolar e instruir a los que le habían abandonado en la hora de la prueba. Había pasado el momento en que la fe de ellos había fallado, aún cuando tuvieron Su ejemplo ante los ojos, y habría un largo tiempo en perspectiva en el que les llegarían pruebas más pesadas, y El les sería quitado. Hasta ahora no habían comprendido que el sufrimiento es el camino hacia la gloria, y que nadie que se sienta en el trono de Cristo si primero no vence, como El venció. Se quedó para darles esta lección, para que no comprendieran mal el Evangelio y fallaran por segunda vez. “¿No debía Cristo sufrir estas cosas –les dijo- para entrar en Su gloria? (Lc 24, 26). Y habiéndoles enseñado plenamente, después de cuarenta día, al fin se elevó por encima de las aflicciones de este mundo. Se elevó por encima de la atmósfera del pecado, de la pena, del remordimiento, que se cierne sobre el mundo. Entró en la región de la paz y la alegría, en la pura luz, en el lugar donde habitan los ángeles, en la corte del Todopoderoso, donde resuenan constantemente los cantos de los espíritus bienaventurados y las alabanzas de los serafines. Allí entró, dejando a Sus hermanos a su tiempo para que llegar tras Suyo, con la luz de Su ejemplo y la gracia de Su Espíritu.

Pero, aunque quedarse cuarenta días fue un tiempo largo para El, se hizo corto para los Apóstoles tenerlo entre ellos. ¿Qué sentimientos habrán tenido cuando se despidió? Tan tarde lo habían encontrado, y tan temprano lo perdían nuevamente. Difícilmente lo habían reconocido, y luego les era arrebatado. La historia de los dos discípulos de Emaús fue figura o pintura de la condición de los once. Sus ojos habían estado cerrados y no lo reconocieron mientras les habló durante tres años, y de repente se habían abierto y El desaparecía. Así debió ser con todos ellos. “Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y tú no me has conocido, Felipe?” (Jn 14, 9), había sido su reconvención a uno de ellos. No lo habían conocido durante Su vida pública. Pedro, ciertamente, le había confesado como el Cristo, el Hijo del Dios vivo, pero aún él mostró ser inconsistente y variable en su comprensión de esa gran verdad. No entendieron en ese momento quién era y lo que era Pero después de su resurrección fue otra cosa: Tomás tocó Sus manos y Su costado, y dijo: “Señor mío y Dios mío”, y de igual modo todos comenzaron a conocerle, y al final le reconocieron como el Pan Vivo bajado del cielo, y la Vida del mundo. Pero le reconocieron con dificultad cuando desapareció de su vista de una vez por todas, para no verlos nunca más, o dejarse ver por ellos en la tierra, para no visitarlos de nuevo en la tierra hasta que venga el último día a recibir a todos los Santo consigo y a llevarlos a su descanso. Y así, “el Señor Jesús, después de hablarles, fue arrebatado al cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (Mc 16, 19). Hallado tarde, y perdido temprano. Este fue, quizás, el primer sentimiento de los Apóstoles cuando El partió. Y así pasa e menudo aquí abajo. Comprendemos aquello con lo que hemos sido bendecidos cuando estamos por perderlo. Las perspectivas son

más esperanzadoras justo cuando se nublan sin esperanza. Año tras año hemos tenido grandes privilegios, la luz de la verdad, la presencia de hombres santos, oportunidades de mejoramiento religioso, familiares buenos y amables. Pero no supimos, o no pensamos, acerca de nuestra felicidad, no valoramos nuestro don, y sólo comenzamos a valorarlo cuando se hubo ido.

Qué tiempo debió haber sido aquél de los cuarenta días, durante los cuales, mientras les enseñaba, debe haber aparecido en sus mentes toda Su enseñanza pasada, y deben haber vuelto sus pensamientos de entonces en sobrecogedor contraste con los de ahora. Su modo de vida, Su ministerio, Sus discursos, Sus parábolas, Sus milagros, Su mansedumbre, Su gravedad, Su incomprensible majestad, el misterio de Su dolor y alegría, la agonía, la flagelación, la cruz, la corona de espinas, la espada, la tumba. Y por otro lado, la desesperación de ellos, su falta de fe, su perplejidad, su asombro, su éxtasis tan repentino, su triunfo. Todo esto estaba en sus mentes, y seguramente no menos en esa hora tremenda cuando llevó a Sus seguidores sin aliento a las afueras de Betania, en el día cuarenta. “Y los sacó afuera hasta frente a Betania y, alzando sus manos, los bendijo, y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue elevado al cielo” (Lc 24, 50-51). Seguramente, toda Su historia, todo lo que hizo con ellos, lo tuvieron presente en aquel momento. Entonces, al contemplar ese rostro divino y esa forma celestial, cada pensamiento y sentimiento que habían tenido acerca de El apareció en ellos al mismo tiempo. El había hecho su trabajo; el trabajo y el sufrimiento de ellos estaba por comenzar. El los dejaba justo en el momento más crítico. Cuando Elías se fue, Eliseo dijo: “¡Padre mío, padre mío, , carro de Israel y su caballería!” (2 Re 2, 12). Con un sentimiento parecido, debieron contemplar los Apóstoles el cielo con la esperanza de detener Su ascenso. Su Señor y su Dios, la luz de sus ojos, el apoyo de sus corazones, la guía de sus pasos, les era quitado. “Mi amado, volviéndose, había desaparecido. Mi alma desfalleció al oír su voz. Lo busqué y no lo hallé; lo llamé, mas no me respondió” (Cant 5,6). Bien pudieron haber usado las palabras de la Iglesia como ahora: “Te suplicamos, no nos dejes sin consuelo”. Tú que eras tan gentil y familiar con nosotros, que conversabas con nosotros por el camino, y te sentabas a comer con nosotros, y entraste en la barca con nosotros, y nos enseñaste en la montaña, y soportaste la malicia de los fariseos, y celebraste con Marta y el resucitado Lázaro, ¿Te vas y no Te veremos más? Pero así estaba determinado: tendrían privilegios pero no los mismos, y sus pensamientos serían en adelante de otra clase que los anteriores. Era en vano querer volver a lo pasado y concluido. Se les dijo, mientras contemplaban: “Este mismo Jesús que os ha sido llevado, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo” (Hech 1, 11).

Tales son algunos de los sentimiento que los Apóstoles pudieron haber experimentado en la Ascensión de nuestro Señor, pero son, después de todo, humanos y ordinarios, del tipo de sentimientos que podemos tener todos nosotros. Pero tuvieron otros en aquel momento solemne, porque en la gloriosa Ascensión de su Señor “le adoraron”, dice el texto, “y se volvieron a Jerusalén con *gran gozo*. Y estaban constantemente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Lc 24, 52). Ahora bien, ¿Cómo es que cuando la naturaleza hubiera llorado, los Apóstoles se alegraron? Cuando María llegó al sepulcro y no encontró el cuerpo de nuestro Señor, se quedó afuera llorando, y los ángeles le dijeron, como Cristo lo hizo después: “Mujer, ¿por qué lloras” (Jn 20, 15). Sin embargo, en la partida de nuestro Señor cuarenta días después, los ángeles no reprendieron a los Apóstoles, sino que les dijeron: “¿Por qué os quedáis aquí mirando al cielo?” (Hech 1, 11). No había pena en los Apóstoles, a pesar de su pérdida, a pesar de la perspectiva que tenían por delante, sino “gran gozo”, y “continua alabanza y bendición”. ¿Podemos arriesgarnos a suponer que este gozo era el temperamento

elevado de alguien valiente y noble, que ha encarado el peligro en el pensamiento y está preparado para el mismo? Moisés sacó de Egipto a una nación tímida, y por espacio de cuarenta años la entrenó para que estuviera llena de valor para la empresa de conquistar la tierra prometida. Cristo entrenó a Sus Apóstoles en cuarenta días para ser valientes y pacientes en vez de cobardes. “Se afligieron y lloraron” al comienzo, pero al final están llenos de coraje para la buena lucha. Sus espíritus se elevan con su Señor, y cuando El está fuera de su vista y comienzan sus propias aflicciones, “se vuelven a Jerusalén con *gran gozo*. Y están constantemente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios”.

Porque Cristo, por cierto, les había enseñado cuál iba a ser su tesoro en cielo, y ellos se alegraron, no porque su Señor se hubiera ido, sino porque sus corazones se habían ido con El. No estaban más en la tierra sino levantados hacia lo alto. Cuando El murió en la cruz, ellos no supieron dónde había ido. Antes de ser arrestado le habían dicho: “¿Señor, adónde vas? No sabemos adónde vas” (Jn 14,5). No hicieron sino seguirle hasta el sepulcro y llorar allí, porque no sabían nada mejor. Pero ahora le vieron ascender a lo alto, y en espíritu subieron con El. María lloró en el sepulcro porque pensó que los enemigos se habían llevado el cuerpo y no sabía dónde le habían puesto. “Allí donde esté tu tesoro, estará tu corazón” (Mt 6, 21). María se quedó sin corazón porque su tesoro estaba perdido. Pero los Apóstoles estuvieron continuamente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios, porque sus corazones estaban en el cielo, o, en palabras de San Pablo, “estaban muertos, y su vida estaba escondida con Cristo en Dios”.

Fortalecidos con este conocimiento, fueron capaces de afrontar aquellas pruebas que Cristo había sobrellevado primero, y que les había anunciado como su herencia. “Donde voy –le dijo a San Pedro- tú no puedes seguirme ahora, pero me seguirás más tarde” (Jn 13, 36), y les dijo a todos: “Os excluirán de las sinagogas; y vendrá un tiempo en que cualquiera que os mate creará hacer un servicio a Dios” (Jn 16,2). Ese tiempo estaba llegando entonces, y podrían alegrarse en aquello que tanto les había afligido cuarenta días antes. Porque comprendieron la promesa: “Al vencedor le haré sentarse conmigo en Mi trono, así como Yo vencí y me senté con mi Padre en Su trono” (Ap 3, 21).

Estará muy bien si tomamos esta lección para nosotros, y aprendemos esa gran verdad que acobardó a los Apóstoles en un principio, pero en la que al final se alegraron. Cristo sufrió y entró en el gozo, y así pasaría con ellos también, en su medida, tras El. Y así será con nosotros, en nuestra medida. Está escrito que “debemos entrar en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones” Dios tiene todas las cosas en sus manos. El puede librar de ellas y puede imponerlas. A menudo nos libra (¡quiera El librarnos aún!), pero con frecuencia nos prueba. De un modo u otro el prueba a cada uno. En algún momento y otro de la vida de cada uno hay dolor, pena y aflicción. Así es, y cuanto más antes podamos contemplarlas como una ley de nuestra condición cristiana, mejor. Una generación viene, y luego otra. Se suceden como las hojas en primavera, y en todas se observa la misma ley. Son probados y luego triunfan, son humillados y luego exaltados, vencen al mundo y luego se sientan en el trono de Cristo.

Por eso, San Pedro, que al principio se hallaba tan asombrado y apenado ante los sufrimientos del Señor, nos manda nos mirar los sufrimientos como algo extraño, “como si nos sucediera cosa extraordinaria...; antes bien, *alegraos* en la medida en que *participáis en los sufrimientos de Cristo*, para que también en la aparición de su gloria saltéis de gozo” (1 Pe 4,12-13). Y también, San Pablo dice que: “Nos gloriamos en las *tribulaciones*, sabiendo que la tribulación obra paciencia” (Rom 5, 2-3), que “Sufrimos con Él para ser también con El glorificados” (Rom 8, 17), y que “Si sufrimos, también reinaremos con El” (2 Tim, 2,12). También dice San Juan que “El mundo no nos conoce, porque a El no lo conoció” y “Sabemos que cuando se manifieste seremos

semejantes a El, porque lo veremos tal como es” (1 Jn 3, 1,2). Lo que aquí se dijo de la persecución se aplicaría, por supuesto, a todas las pruebas, y mucho más a aquellas tribulaciones más pequeñas que son todo lo que comúnmente los cristianos tienen que soportar ahora. Sin embargo, supongo que pasa mucho tiempo hasta que uno de nosotros reconoce y entiende que su propio estado en la tierra es, de una forma y otra, un estado de prueba y pesar, y que si tiene algunos intervalos de paz externa es todo lo que puede ganar y tiene derecho a esperar.

¡Pero qué diferente debe aparecer el estado de la Iglesia a quienes pueden contemplarla como un todo, a quienes la han contemplado por siglos, como los Ángeles! Nosotros sabemos lo que nos da la experiencia en este mundo. Los hombres ven y entienden el curso de las cosas y por qué reglas ocurren, y pueden presagiar lo que sucederá y no sorprenderse cuando sucede. Toman la historia como algo de cajón. No se asustan porque las cosas sucedan de un modo o de otro; es la regla. La noche viene después del día, el invierno después del verano, el frío, la helada y la nieve, en su época respectiva. Ciertas enfermedades tienen sus tiempos de recurrencia o vienen en ciertas épocas. Todas las cosas pasan por un proceso, tienen un comienzo y un fin. Los adultos saben esto, pero los niños no: para ellos cada cosa que ven es extraña y sorprendente. Por momentos sienten asombro y admiración, o bien temor a cada cosa que pasa, y no saben si ocurrirá de nuevo o no, ni tampoco saben nada de la acción regular de las causas, o de la conexión de aquellos efectos que son resultado de una misma causa. Y así también es el estado de nuestras almas bajo la Alianza de la gracia. Las huestes celestiales, que ven lo que está pasando sobre la faz de la tierra, entienden bien, incluso por haberlo visto a menudo, cuál es la trayectoria de un alma que viaja del infierno al cielo. Han visto, una y otra vez, innumerables ejemplos de que el sufrimiento es el camino hacia la paz, que los que siembran entre lágrimas cosecharán con alegría (Sal 125, 5), y que lo que fue verdad de Cristo es completado a su medida en sus seguidores.

Tratemos de acostumbrarnos a este modo de ver el asunto. La Iglesia entera, todas las almas elegidas, cada una en su momento, es llamada a este trabajo necesario. Una vez fue el turno de otros, y ahora es el nuestro. Alguna vez fue el turno de los Apóstoles. Otra vez fue el de San Pablo, que sufrió todas las inquietudes al mismo tiempo, cubierto de ellas de pies a cabeza como Job con las llagas. Y, como si esto no fuera suficiente, tuvo una espina clavada en su carne, un dolor personal que llevó siempre consigo. Pero hizo bien su parte: fue un luchador fuerte y valiente en su vida, y al final pudo decir: “He peleado el buen combate, he terminado la carrera, he guardado la fe” (2 Tim 4,7). Y después de él, los más excelentes de la tierra, el ejército de los mártires vestidos de blanco, y la alegre compañía de los confesores de la fe, cada uno a su turno, en su momento, se comportaron como hombres de modo semejante. Y llegando hasta nuestros días, cuando la fe ha estado bien cerca de acabar, uno tras otro han sido llamados a presentarse ante el Gran Rey. Es como pensar que todos nosotros estuviésemos alrededor de Su trono al mismo tiempo, y que El llama primero a este hombre, y luego a aquel, para entonar el canto por sí mismo, teniendo que repetir cada uno la misma melodía que han cantado sus hermanos antes. O es como si participáramos de una danza solemne en Su honor en la corte del cielo, y cada uno tuviese que hacer el mismo movimiento solemne y agraciado, a la señal dada. O también es como si hubiera alguna prueba de fuerza, o de agilidad, donde, mientras los espectadores observan y aplauden, fuésemos actores del espectáculo, uno por uno, en sucesión. Así es nuestro estado. Los Ángeles están mirando. Cristo ha venido antes y nos ha dado ejemplo para que sigamos Sus pasos. Él pasó por mucho más, infinitamente más, de lo que podemos estar llamados a sufrir. Nuestros hermanos han pasado por mucho más, y parecen alentarnos con su éxito y simpatizar con nuestro ensayo. Ahora

nos toca a nosotros, y todos los espíritus celestiales guardan silencio y contemplan. ¡Oh, no dejéis que vuestro pie se duerma, o vuestro ojo te engañe, o vuestro oído se apague, o vuestra atención decaiga! No os desaniméis, no temáis, manteneos en guardia, sed valientes, no os volváis atrás. Seréis sostenidos hasta el fin. Cualquier aflicción que os llegue, espiritual, corporal, o de bienes, interior o exterior, casual o a propósito, de amigos o de enemigos, cualquiera sea vuestra aflicción, aunque estéis solos, ¡no temáis, hijos del Padre celestial! Comportaos como hombres en vuestra vida, y cuando todo pase, Cristo mismo os recibirá y vuestro corazón se alegrará y vuestra alegría nadie os la quitará.

Cristo está ya en ese lugar de paz, que es todo en todos. Está a la derecha del Padre, oculto en el fulgor del brillo que sale del trono eterno. Está en cada abismo de paz, donde no hay voces de alboroto o angustia, sino una profunda quietud, una quietud más grande e imponente que todos los bienes que podamos imaginar, la más perfecta de las alegrías, la completa, profunda e inefable tranquilidad de la Divina Esencia. El ha entrado en Su descanso.

Qué grande es el buen deseo de que, cuando pase esta vida de aflicción, nosotros entremos también en ese mismo descanso, que cuando llegue el tiempo entremos en Su tabernáculo celestial, y nos ocultemos bajo la sombra de sus alas, que estemos en el número de los muertos bienaventurados que mueren en el Señor y descansan de su labor. Aquí somos zarandeados sobre el mar y el viento es contrario. Todo el día somos probados y tentados de modos diversos. No podemos pensar, hablar o actuar, sin que la enfermedad del pecado no esté a la mano. Pero en el mundo invisible, donde Cristo ha entrado, todo es paz. Está el Trono eterno: un arco iris lo rodea como a una esmeralda, y en el medio del trono está el Cordero que ha sido degollado y ha redimido a muchos con Su sangre, y alrededor del trono hay veinticuatro sillas para los ancianos, todos con vestiduras blancas y coronas de oro en sus cabezas, y los cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás, y los siete ángeles de pie ante Dios haciendo Su voluntad hasta los confines de la tierra, y los serafines arriba, y también una gran multitud que ningún hombre podría contar, de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas, vestidos con túnicas blancas y palmas en sus manos. “Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus vestidos, y los blanquearon en la sangre del Cordero”. “Ya no tendrán hambre ni sed; nunca más lo herirá el sol ni ardor ninguno”. “Y la muerte no existirá más; no habrá más lamentación, ni dolor, porque las cosas primeras pasaron” (Ap 7,14.16; 21,4). No más pecado, ni culpa, ni arrepentimiento, ni castigo, ni penitencia, ni prueba, ni enfermedad que nos deprima, ni afecto que nos engañe, ni pasión que nos extasíe, ni prejuicio que nos enceguezca, no más pereza, ni orgullo, ni envidia, ni contiendas, sino la luz del rostro de Dios, y el río puro del agua de la vida, clara y cristalina, que sale del Trono. Ese es nuestro *hogar*. Aquí somos peregrinos, y Cristo nos está llamando a casa, a Sus muchas moradas que ha preparado. Y el Espíritu y la Novia nos llama también, y todas las cosas estarás listas para el momento de nuestra llegada. “Teniendo, pues, un Sumo Sacerdote grande que penetró los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengamos fuertemente la confesión de la fe”, viendo que tenemos “en derredor nuestro una tan grande nube de testigos, arrojemos toda carga y pecado que nos asedia”, “esforcémonos por entrar en aquel descanso”, y “lleguémonos, por tanto, confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno” (Heb 4, 14; 12,1; 4, 11.16)